

GENEALOGÍA FEMENINA DE JESUCRISTO

Por

HUMBERTO R. MÉNDEZ B.

TABLA DE CONTENIDO

1. ¿POR QUÉ ESTUDIAR LA GENEALOGÍA FEMENINA DE JESUS?.....	Pág. 4.
2. LAS MUJERES EN LA BIBLIA.	Pág. 17.
3. GENEALOGÍA FEMENINA DE JESUCRISTO	Pág. 22.
CONCLUSIONES.....	Pág. 40.

DEDICATORIA

Este estudio, se lo dedico con todo mi afecto y consideración, al Doctor Francisco Pablo Fortuna Amador, quien fuera mi profesor, en la Maestría de Teología, así como a mis compañeros, amigos y hermanos: Miguel Cuevas, Juan Vila, Geraldo Zabala y Faustino Peralta.

CAPÍTULO PRIMERO

¿POR QUÉ ESTUDIAR LA GENEALOGÍA FEMENINA DE JESUS?

Antes de entrar en las razones por las cuales se hace pertinente el estudio de la genealogía, vamos a proceder a su definición, para así tener una idea más acabada de este concepto. La Enciclopedia Electrónica de Wikipedia, nos la define de la siguiente manera: “**Genealogía** (del latín *genealogia*, <<genos en griego: *γενεά*, genea: *raza, nacimiento, generación, descendencia* + logos *λόγος*, logia: *ciencia, estudio*>> es el estudio y seguimiento de la ascendencia y descendencia de una persona o familia. También se llama así al documento que registra dicho estudio, generalmente expresado como árbol genealógico. Asimismo la genealogía es una de las Ciencias Auxiliares de la Historia y es trabajada por un genealogista.”

Como el interés de éste trabajo es rastrear la ascendencia femenina de Jesús, el ungido de Dios y Salvador del Mundo, y en razón al tiempo que nos separa no podemos recurrir a las fuentes orales, ya que estas son las que se obtiene de familiares, esto es padre, madre, abuelos, hermanos, primos, hijos y otros conocidos, nos vemos precisado a recurrir a las fuentes escritas. La fuente escrita, o documental, es la que es propia de los archivos y publicaciones genealógicas. La Biblia es un registro histórico confiable, y en la misma podemos rastrear, la genealogía de Jesús, comenzando desde Adán hasta Él; pero la misma no se encuentra concatenada de una manera sencilla, sino que se hace necesario investigar los nombres masculinos que se nos dan, para conseguir los nombres de sus consortes, que muchas veces son olvidados.

Por esta virtud, nos vemos precisados a recurrir a los registros que se encuentran en los libros de: Génesis, los dos libros de Samuel, los dos de los Reyes y los dos de las Crónicas. Los Evangelios de Mateo y de Lucas, ambos contienen una genealogía de Jesús, y a los cuales hemos recurrido. Así como desde el Concilio de Trento, finalizado en 1563, la iglesia Católica Romana, estableció la obligatoriedad de que en cada parroquia se llevara un registro de cada bautismo, boda o defunción, practica que fue en cierto sentido imitada por el estado, cuando después de la Revolución Francesa, y la adopción de los Códigos Napoleónicos, pasó a constituirse en el registro civil. Pero ya muchos siglos antes, el pueblo de Israel llevaba un registro de sus ciudadanos.

La nación de Israel era meticulosa y concienzuda al momento de llevar sus registros, porque en función del linaje se establecía la distribución de la propiedad de la tierra en cada tribu, y el derecho que se tenía sobre dicha propiedad. El linaje, con sus privilegios venía dado en función de la claridad que se tuviera, tanto en la ascendencia como en la descendencia. El primer libro de las Crónicas: 5: 1, nos dice: “Los hijos de Rubén primogénito de Israel (porque él era el primogénito, mas como violó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José, hijo de Israel, y no fue contado por primogénito.” Y era que entre los beneficios que conllevaba la primogenitura, estaba el de recibir doble porción de la herencia paterna, y si era primogénito del sumo sacerdote, recibía el puesto de su padre. Esto es lo que establece la Ley de Moisés, en el Deuteronomio 21: 15-17: “Si un hombre tuviere dos mujeres, la una amada y la otra aborrecida, y la amada y la aborrecida le hubieren dado hijos, y el hijo primogénito fuere de la aborrecida; en el día que hiciere heredar a sus hijos lo que tuviere, no podrá dar el derecho de primogenitura al hijo de la amada con preferencia al hijo de la aborrecida, que es el primogénito; mas al hijo de la aborrecida reconocerá como primogénito, para darle el doble de lo que correspondiere a cada uno de los demás; porque él es el principio de su vigor, y suyo es el derecho de la primogenitura.”

Entre lo que se puede leer en el primer libro de las Crónicas 1: 1 y el capítulo 3: 17: “Adán, Set, Enós...” “Y los hijos de Jeconías: Asir, Salatiel.” Han transcurrido unos tres mil quinientos años.

Eran tan estrictos los hebreos en cuanto a tener limpios y claros sus registros, que después de haber regresado del exilio de Babilonia, a donde había estado desterrado por unos 70 años, que el libro de Nehemías nos dice en el capítulo 7: 61-65: “Y estos son los que subieron de Tel-mela, Tel-harsa, Querub, Adón e Imer, los cuales no pudieron mostrar la casa de sus padres, ni su genealogía, si eran de Israel: los hijos de Delaía, los hijos de Tobías y los hijos de Necoda, seiscientos cuarenta y dos. Y de los sacerdotes: los hijos de Habaía, los hijos de Cos y los hijos de Barzilai, el cual tomó mujer de las hijas de Barzilai galaadita, y se llamó del nombre de ellas. Estos buscaron su registro de genealogías, y no se halló; y fueron excluidos del sacerdocio, y les dijo el gobernador que no comiesen de las cosas más santas, hasta que hubiese sacerdote con Urim y Tumim.”

Como un caso anecdótico, quiero traer a colación, un capítulo de la novela Ana Karenina, de León Tolstoi. En el capítulo XXVII, de la quinta parte de esa novela, Tolstoi nos cuenta un incidente ocurrido entre un padre,

ministro riguroso del gobierno zarista, y su hijo de nueve años de edad. He aquí el relato:

“— ¿Te has divertido en el paseo? —preguntó Karenin, sentándose en su butaca, acercando la Biblia y abriéndola.

Aunque Alexey Alexandrovich decía a menudo a Sergio que todo cristiano debe conocer bien la Historia Sagrada, él mismo solía consultar la Biblia a menudo, y su hijo no dejaba de observarlo.

—Sí, me divertí mucho, papá —repuso el niño, sentándose de lado en la silla y balanceándola, lo cual le estaba prohibido. He visto a Nadeñka —se refería a una sobrina de Lidia Ivanovna que vivía en casa de ésta— y me ha dicho que le han dado a usted una nueva condecoración. ¿Está usted satisfecho, papá?

—Ante todo, no te balancees así —repuso su padre—. Y luego, lo que debe agradar es el trabajo y no su recompensa. Desearía que te fijaras mucho en esto. Si trabajas y estudias tus lecciones sólo por el premio, el trabajo te parecerá muy pesado. Pero cuando trabajes por amor al trabajo, hallarás en él la mejor recompensa.

Alexey Alexandrovich hablaba así recordando cómo se había sostenido a sí mismo con la idea del deber durante el aburrido trabajo de aquella mañana, consistente en firmar ciento dieciocho documentos.

El dulce y alegre brillo de los ojos de Sergio se apagó, y bajó la vista al encontrar la de su padre. Aquel tono, bien conocido, era el que empleaba siempre con él, y Sergio sabía cómo debía acogerlo. Su padre le hablaba como dirigiéndose a un niño imaginario —o así le parecía a Sergio—, a un niño como los que se hallan en los libros y a los que Sergio no se parecía en nada. Pero el niño procuraba entonces fingir que era uno de aquellos niños de los libros.

—Espero que lo comprendas —concluyó su padre.

—Sí, papá —respondió Sergio, fingiendo ser aquel niño imaginario.

La lección consistía en escribir de memoria algunos versículos del Evangelio y en dar un repaso al Antiguo Testamento.

Sergio conocía bastante bien los versículos del Evangelio, pero ahora, mientras los recitaba, se fijó en el hueso de la frente de su padre, y al observar el ángulo que formaba con la sien, el chiquillo se confundió en los versículos y el final de uno lo colocó en el principio de otro que empezaba con la misma palabra.

Karenin notó que el niño no comprendía lo que estaba diciendo y se irritó.

Arrugó el entrecejo y empezó a decir lo que Sergio oyera ya cien veces y no podía recordar por comprenderlo demasiado bien, al estilo de la frase «de repente», que era un modo adverbial.

Miraba, pues, a su padre con asustados ojos pensando sólo en una cosa: en sí le obligaría a repetir lo que decía ahora, como sucedía a veces.

Pero su padre no le hizo repetir nada y pasó a la lección del Antiguo Testamento, Sergio recitó bien los hechos, pero cuando pasó a explicar la significación profética que tenían algunos, manifestó una total ignorancia, a pesar de que ya había sido otra vez castigado por no saber la misma lección. Y cuando no pudo ya contestar absolutamente nada y quedó parado, rayando la mesa con el cortaplumas, fue al tratar de los patriarcas antediluvianos. No recordaba a ninguno de ellos, excepto a Enoch, arrebatado vivo a los cielos. Antes recordaba los nombres, pero ahora los había olvidado completamente, sobre todo porque de todas las figuras del Antiguo Testamento la que prefería era la de Enoch, y porque junto a la idea del rapto del profeta se mezclaba en su cerebro una larga cadena de pensamientos a los que se entregaba también ahora, mientras miraba con ojos extáticos la cadena del reloj y un botón a medio abrochar del chaleco de su padre.

Sergio se negaba en redondo a creer en la muerte, de la que le hablaban tan a menudo. No creía que pudieran morir las personas a quienes quería, y, sobre todo, él mismo. Le parecía imposible e incomprensible. Pero como le decían que todos terminaban muriendo, lo preguntó a personas en quienes confiaba y todos se lo confirmaron. El aya decía también que sí, aunque de mal grado. Pero Enoch no había muerto, lo que probaba que no todos mueren.

«¿Por qué no puede todo el mundo hacerse agradable a Dios para ser llevado vivo a los cielos?», pensaba Sergio. Los malos, es decir, los que Sergio no quería, sí podían morir, pero los buenos debían ser todos como Enoch.

—A ver: ¿cuáles fueron los patriarcas?

—Enoch, Enoch...

—Ya lo has dicho. Mal, muy mal, Sergio... Si no tratas de saber lo que más importancia tiene para un cristiano, ¿cómo puede interesarte lo demás? — dijo el padre, levantándose—. Estoy descontento de ti y también lo está Pedro Ignatievich —se refería al sabio pedagogo.— Tendré que castigarte.

Padre y profesor estaban, en efecto, descontentos de Sergio. Y, a decir verdad, el niño era bastante desaplicado. Pero no podía decirse que fuera un niño de pocas aptitudes. Al contrario: era más despejado que otros a los que el profesor le ponía como ejemplo. A juicio de su padre, Sergio no quería estudiar lo que le mandaban.”

No sabemos si la madre de David Dwight Eisenhower, el trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos, pero la madre de Eisenhower, Elizabeth Stover, que era testigo de Jehová, había leído la novela del conde ruso, cuando éste era un niño, y le puso a leer la Biblia, le dijo que no leyera los nueve primeros capítulos del primer libro de las Crónicas, justamente porque contienen las largas genealogías.

Alexey Alexandrovich le había dicho al pequeño Sergio, que su madre Ana había muerto, y él se negaba a aceptar la realidad de la muerte, por eso, el nombre de Enoch, el séptimo patriarca, desde Adán, le caía tan bien, ya que fue raptado, sin gustar la muerte. «¿Por qué no puede todo el mundo hacerse agradable a Dios para ser llevado vivo a los cielos?» Los buenos no deberían morir, pero por el pecado, la muerte, que es un intruso nos ha de raptar a todos.

Esa es una razón más, para que estudiemos las genealogías de la Biblia. Veamos el capítulo 5 del Génesis: “Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados. Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set. Y fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió. Vivió Set ciento cinco años, y engendró a Enós. Y vivió Set, después que engendró a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Set novecientos doce años; y murió. Vivió Enós noventa años, y engendró a Cainán. Y vivió Enós, después que engendró a Cainán, ochocientos quince años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Enós novecientos cinco años; y murió. Vivió Cainán setenta años, y engendró a Mahalaleel. Y vivió Cainán, después que engendró a Mahalaleel, ochocientos cuarenta años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Cainán novecientos diez años; y murió. Vivió Mahalaleel sesenta y cinco años, y engendró a Jared. Y vivió Mahalaleel, después que engendró a Jared, ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Mahalaleel ochocientos noventa y cinco años; y murió. Vivió Jared ciento sesenta y dos años, y engendró a Enoc. Y vivió Jared, después que engendró a Enoc, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Jared novecientos sesenta y dos años; y murió. Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios. Vivió Matusalén ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec. Y vivió Matusalén, después que engendró a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas. Fueron, pues, todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años; y murió. Vivió Lamec ciento ochenta y dos años, y engendró un hijo; y llamó su nombre Noé, diciendo: Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la

tierra que Jehová maldijo. Y vivió Lamec, después que engendró a Noé, quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Lamec setecientos setenta y siete años; y murió.”

De estos nueve patriarca, lista que no lograba recordar Sergio, el que menos vivió fue Enoch, y vivió unos trescientos sesenta y cinco años, y fue raptado, pero su hijo Matusalén, el más longevo de todos, que llegó a vivir novecientos sesenta y nueve años, todos murieron. No importa cuantos años se haya vivido, la muerte es una realidad; y es tan cierta la realidad de la muerte, que ella nos permite que vivamos una vida entera, para ella materializarse en nosotros.

Tengo una deuda de gratitud con el Doctor Juan Vila, quien me dijo que el Doctor Robert Dick Wilson, aquel erudito norteamericano, (1856-1930), quien: “Cuando era seminarista, leía el Nuevo Testamento en nueve idiomas diferentes, incluso una traducción hebrea que él había memorizado silaba por sílaba. Wilson también aprendió de memoria extensas porciones del Antiguo Testamento en su original hebreo”. Wilson aprendió 45 idiomas y dialectos, pero lo que más me sorprendió, era que se sabía de memoria los primeros nueve capítulos del primer libro de las Crónicas, que son los capítulos que contienen una genealogía que abarcan unos tres mil quinientos años.

.Después de antes dicho, se impone la necesidad de que veamos las dos genealogías que los Evangelios presentan de Jesús, la de Mateo, capítulo 1: 1-16, la de Lucas, capítulo 3: 23-38.

En el Comentario Bíblico Mundo Hispano, en el tomo 14, correspondiente al Evangelio de Mateo, leemos estas palabras en el primer capítulo, en torno a las diferencias entre las dos genealogías:

“Al comparar las genealogías de Jesús, presentadas por Mateo y Lucas, uno descubre algunas diferencias sobresalientes entre ambas. Algunos comentaristas explican estas diferencias con la teoría que sostiene que Mateo presenta la genealogía legal, por medio de José, mientras que Lucas presenta la genealogía real, por el lado de María. La mayoría de los Padres antiguos y buena parte de los comentaristas actuales, sin embargo, sostienen la teoría de que tanto Mateo como Lucas trazan la descendencia de Jesús por José, el padre legal, y no por María. Mateo traza su genealogía desde Abraham hacia adelante hasta Jesús, por medio de David y Salomón, mientras que Lucas traza la suya desde Jesús hacia atrás hasta Adán, por medio de David y Natán. Mateo desea destacar la descendencia real por medio de la cual se cumplen las esperanzas de Israel. Lucas, por su lado

con interés en presentar el evangelio a toda la humanidad, comienza con el padre de todas las naciones, Adán.”

Como desde la aparición de los Evangelios, ha habido críticos que creen ver una contradicción entre ambas genealogías, queremos traer la voz autorizada de Eusebio de Cesarea, quien en el libro primero de su Historia de la Iglesia Cristiana ofrece ésta explicación:

Sobre la supuesta contradicción en los Evangelios con relación a la genealogía de Cristo

VII 1. Debido a que Mateo y Lucas transmiten en los Evangelios la genealogía de Cristo de diversos modos y muchos los consideran contradictorios, y por su parte cada creyente se ha afanado en inventar alguna explicación para justificarlos, nosotros aportamos a continuación la información que nos ha llegado, la cual Africano (el que ya hemos mencionado) recuerda a Arístides cuando le escribe una carta acerca de la unanimidad de la genealogía en los Evangelios. Rechaza las opiniones de los demás como forzadas y falsas, y redacta la información que él ha recibido como sigue:

2. «Así pues, los nombres de las familias de Israel eran calculados o bien por naturaleza o bien por la Ley. Por naturaleza, según la sucesión del nacimiento legítimo; pero se realizaba según la Ley cuando alguien engendraba un hijo en favor de un hermano muerto sin descendencia, (pues como todavía no habían recibido la esperanza clara de la resurrección, imitaban la prometida resurrección que había de venir con lo mortal, para perpetuar el nombre del difunto).

3. »En consecuencia, los que se hallan en esta genealogía son tanto los que se sucedieron legítimamente de padres a hijos, como los que fueron engendrados con el nombre de otros, y se hace memoria por igual de ambos; de los engendrados y de los que representa que lo han sido.

4. »De suerte que ninguno de los dos Evangelios miente, sino que enumeran siguiendo el linaje natural y siguiendo el linaje por la ley, lógicamente, pues las familias de Salomón y de Natán estaban entrelazadas debido a las resurrecciones de los que murieron sin descendencia, de las segundas nupcias y de las resurrecciones de los hijos; de manera que es lícito creer que unos son hijos de distintos padres en diversas ocasiones: de los ficticios y de los reales; concluimos, pues, que ambas genealogías son legítimamente verdaderas y llegan hasta José con exactitud, aunque de modo complicado.

5. »No obstante, para que quede más claro lo que hemos expuesto, paso a explicar el enlace de las familias. Al contar las generaciones partiendo de David y pasando por Salomón se encuentra a Matán (tercero por el final), que engendró a Jacob, padre de José. En cambio desde Natán hijo de David, según Lucas, el tercero por el final es Melquí, y José era hijo de Elí, hijo de Melquí.

6. »Ya que nuestro objetivo está fijado en José, nos es preciso demostrar por qué razón dos personas distintas aparecen como su padre: Jacob partiendo de Salomón y Elí desde

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

